

Feminismo y Economía*

por Julie A. Nelson

Un artículo en *Chronicle of Higher Education* del 30 de Junio de 1993, reportó: “Dos décadas después de haber comenzado a redefinir debates” en muchas otras disciplinas, “el pensamiento feminista parece súbitamente haber llegado a la rama de la Economía”. Muchos economistas, por supuesto, no estaban en la estación cuando este tren llegó, aún contando su tardanza. Muchos que han oído el rumor de su llegada no han entendido aún cuales son los argumentos o lo que promete para el refinamiento de la profesión. El propósito de este ensayo es proveer un método de bajo costo para obtener cierta familiaridad con el tema.¹

La mayoría de la gente asocia el feminismo con actividades políticas, del cual por supuesto es parte. Mientras que existen ahora muchas variedades de feminismo, todas tienen en común el fin de remediar las desventajas impuestas contra las mujeres a través de la historia. Este fin ha sido manifestado dentro de la disciplina económica a través de esfuerzos para promover el avance de la mujer dentro de la profesión (por ejemplo, a través del Comité sobre el Estatus de la Mujer en la Profesión Económica, de la Asociación Económica Americana (AEA)) y en ocasiones aplicando análisis económicos para fines feministas. Aun así, las consecuencias de recientes teorías feministas acerca del sexismo y la ciencia vistas desde el punto de vista de la Economía, son aún menos familiares para muchos economistas. Académicas feministas han documentado como ciertas creencias sobre el género—en otras palabras, creencias sobre las características y roles sociales del hombre y la mujer—han sido importantes dentro del plano intelectual tanto como en el social. La reciente teoría feminista lleva a cuestionar muchas de las aserciones y valores básicos que dan soporte a la práctica económica de hoy en día.

La teoría feminista causa dudas acerca de la aceptabilidad de la práctica económica, no porque la economía sea en general demasiado objetiva, sino por el contrario, porque no es lo suficientemente objetiva. Varias perspectivas parciales y llenas de prejuicios sexuales—particularmente masculinos—sobre el tema, los modelos, métodos y pedagogía han sido mal percibidas como imparciales y asexuales en la

* Publicado en el *Journal of Economic Perspectives--Volumen 9 Número 2--Primavera 1995*. Copyright 1995, American Economic Association; distribuido por la autora según las políticas del *Journal of Economic Perspectives*. Traducido por Julie A. Nelson y Helena Ocampo Delahay. Quiero particularmente agradecer a Robin Bartlett, Joan Combs Durso, Marianne Ferber, Nancy Folbre, Gloria Helfand, Linda Lucas, Constance Newman, Jean Shackelford, Carl Shapiro, Myra Strober, y Timothy Taylor por sus sugerencias.

¹ Mientras que desafíos aislados feministas a las teorías neoclásicas comienzan por lo menos desde los 1970s (por ejemplo, Bell, 1974), este artículo se concentra en la “segunda revolución” (Coughlin, 1993) que ha tomado lugar en los últimos años. Esta corriente más firme es ejemplificada por publicaciones como Ferber y Nelson (1993), así como en sesiones recientes sobre la Economía Feminista en las juntas de la Asociación Económica Americana (Bartlett and Feiner, 1992; Shackelford, 1992; Strassmann, 1994; Strober, 1994), y la organización de la Asociación Internacional para la Economía Feminista (IAFFE) en 1992.

Economía, así como en otras disciplinas científicas. Tradicionalmente, las actividades masculinas han sido el centro de la materia, mientras que los modelos y métodos han reflejado un desarrollo históricamente y psicológicamente masculino al valorar la autonomía y el separamiento más que la dependencia y la conexión.

La alternativa sugerida en este artículo no es una economía “hembra” en la cual los prejuicios masculinos son remplazados por femeninos, ni una economía “femenina” en la cual la economía hecha por o acerca de las mujeres sea distinta a la economía hecha por o acerca de los hombres. La alternativa descrita en este artículo intenta mejorar toda la rama económica, ya sea hecha por practicantes femeninos o masculinos.

Valores de Género y Disciplinarios

Si uno cree que las definiciones y métodos económicos de hoy en día vienen de fuera de las comunidades humanas—hechas quizás por intervención divina, o cayendo como maná del cielo por helicóptero como diría Milton Friedman—entonces la idea de que los estándares económicos pudieran tener tendencias masculinas parecerán no tener sentido. Pero si admitimos que la práctica económica este basada en la práctica humana, desarrollada y refinada dentro de comunidades humanas, entonces debemos admitir la posibilidad de que las limitaciones humanas, los intereses y prejuicios perceptuales tendrán serios consecuencias dentro de la cultura económica. El análisis feminista de la economía que será discutido en este artículo comienza con la premisa básica de que la economía, como toda otra ciencia, es construida socialmente. El construccionismo social no debe ser considerado como una propuesta de “todo va” o como afirmación de que no hay estándares de confianza o de verdad. Este construccionismo simplemente reconoce que tales estándares son determinados desde dentro de una comunidad científica particular, no desde fuera.

Cómo, entonces, puede el género influenciar a la economía? Aún cuando la mujer ha sido históricamente excluida de la comunidad económica, se recomienda cierto grado de precaución al moverse desde esta observación a conclusiones sobre los mecanismos a través de los cuales han surgido prejuicios sexuales. Es necesario aclarar que las eruditas feministas hacen una sutil pero importante distinción entre el *sexo* y el *género*. *Sexo*, en el vocabulario académico feminista, se refiere a las diferencias biológicas entre el hombre y la mujer. *Género*, por otra parte, se refiere a las asociaciones, estereotipos, y patrones sociales que una cultura construye en base a diferencias reales o percibidas entre el hombre y la mujer. El peso menor del cerebro femenino, por ejemplo, es una característica puramente biológica. La interpretación del siglo XIX sobre este hecho, que implicaba que las mujeres eran por tanto menos racionales, es un ejemplo de una creencia social, esto es una construcción de género (Bleier, 1986).

La mayoría de las académicas feministas ven las tendencias masculinas en la ciencia principalmente como una cuestión de género, no de sexo. La entrada de más mujeres dentro de las disciplinas científicas ha sido visto como una contribución a la transformación de las disciplinas, no precisamente porque las mujeres “traigan algo distinto” al campo económico por virtud de su sexo, pero más bien porque la iluminación de prejuicios sexuales al nivel de la estructura social de la ciencia que hace que los

prejuicios sexuales a otros niveles sean también mas visibles.² El decir que “la economía contemporánea es masculina,” es entonces decir que ésta refleja creencias sociales sobre la masculinidad, no que refleja la hombría de sus practicantes tradicionales (Keller, 1986). El decir que una economía menos basada en la masculinidad sería más adecuada es decir que las creencias sociales sobre la economía deben cambiar y que la economía debe de ser enriquecida por una diversidad de practicantes, no que la economía debe de ser practicada por eunucos ó seres asexuales.

El análisis de enlaces entre creencias occidentales contemporáneas sociales acerca del género y sobre la ciencia fué el logro de un arduo trabajo hecho por eruditas feministas en los 1980s (Bordo, 1987; Harding, 1986; Keller, 1985; Merchant, 1980). La objetividad, la separación, la consistencia lógica, el logro individual, las matemáticas, la abstracción, la falta de emotividad, y la ciencia misma han sido de hace tiempo asociadas culturalmente con el rigor, la dureza—y la masculinidad. Al mismo tiempo, la subjetividad, la conexión, el entender “intuitivo”, la cooperación, el análisis cualitativo, la concretividad, la emotividad, y la naturaleza han sido usualmente asociadas con la debilidad, la suavidad—y la femineidad. Estas asociaciones en ocasiones fueron explícitas en el language usado por los primeros científicos para definir sus metas. Henry Oldenburg, uno de los primeros Secretarios de la Sociedad Real Británica, dijo que la intención de la Sociedad era “crear una Filosofía masculina...para que la Mente del Hombre sea ennoblecida con el conocimiento de Verdades Sólidas” (Keller, 1985, p.52).

El simple reconocimiento de que las características más altamente valuadas en economía tengan una asociación particularmente masculina no sugiere una respuesta única por parte de académicos preocupados con la calidad de la práctica económica. Una respuesta puede ser el endorsar esta asociación para que podamos seguir haciendo lo que hasta ahora hemos hecho. Si esto es la economía masculina, dejémosla ser. La única alternativa a la economía masculina, como nos dice nuestra manera usual de pensar sobre el género, sería una economía castrada e impotente.

Otra respuesta podría ser el cambiar radicalmente y buscar remplazar la economía dura, objetiva, activa, androcéntrica por la economía suave, subjetiva, pasiva y ginocéntrica. Uno podría enforcarse en la cooperación mutua, por ejemplo, en lugar de la competencia y esquivar todos los métodos cuantitativos en favor de metodos cualitativos. Mientras que esto puede parecer atractivo para aquellos que consideran a la economía como la responsable de todos los males del mundo, una respuesta así simplemente cambia un conjunto de prejuicios por otro.

Una tercera respuesta, particularmente asociada con las corrientes intelectuales del postmodernismo, sería el “desconstruir” los dualismos en los cuales las definiciones

² Esto no es ignorar los actuales debates académicos y populares acerca del grado al cual los hombres y las mujeres pueden “pensar distinto” por condiciones genéticas u hormonales, sólo para notar que este no es el tema central en este artículo. El trabajo de Carol Gilligan (1982), por ejemplo, es constantemente citado en estas discusiones como una buena muestra de las diferencias psicológicas entre hombres y mujeres. Una lectura más cuidadosa de su trabajo y de los estudios que le han seguido, indica mucha superposición entre hombres y mujeres en las dimensiones estudiadas. Lo que *es* importante al tema de este artículo, y que ha sido demostrado en varios estudios, es la manera en la cual la gente de las culturas estadounidenses y europeas tienden a *asociar* mentalmente ciertas características con la masculinidad o la femineidad. Para un repaso de esta literatura, véase Jane Mansbridge (1993), particularmente las notas 32 y 53.

modernas de la economía dependen. En la teoría desconstruccionista, todos los proyectos humanos son simplemente textos o discursos a los cuales se les pueden aplicar las técnicas de crítica literaria. Desde este punto de vista, ni la distinción entre la ciencia o la no ciencia, ni la femeneidad o la masculinidad refleja ninguna realidad no-lingüística. Aún así, esta posición da poca guía para poder juzgar la calidad de la práctica científica.³

Una cuarta respuesta es adoptada en este artículo. Esta no requiere el endorsamiento de un lado u otro del dualismo femenino/masculino, ni el ignorar una evaluación. La clave a esta respuesta yace en desligar nuestros juicios sobre valores—esto es, acerca de lo cual es meritorio o menos meritorio en la práctica económica—de nuestras percepciones del género.

La noción de que la economía masculina es una “buena” economía depende de la asociación cultural general de masculinidad con la superioridad y la femeneidad con la inferioridad, o, en otras palabras, un enlace mental del dualismo entre el valor (superior/inferior) y el género (femenino/masculino). Cualquier lector que pueda dudar de la asimetría de este enlace, prefiriendo quizás pensar sobre las diferencias sexuales en términos de una complementariedad más benigna, debería reflexionar sobre algunas de las manifestaciones asimétricas más obvias en el contexto social. Ninias duras y poco femeninas son socialmente aceptables o incluso alabadas, pero pobre del niño de carácter gentil que sea llamado “mariquita”; una mujer puede usar pantalones, pero un hombre no puede usar una falda. La asociación sexista de la femeneidad con un valor menor implícito en tales juicios, debería ser notado, no es un asunto de creencias personales aisladas, sino un asunto de hábito cultural e incluso cognitivo.

Estudios sobre la conciencia humana sugieren que los dualismos tales como superior/inferior y masculino/femenino juegan un papel importante en la estructura de nuestro entendimiento (Lakoff y Johnson, 1980; Nelson, 1996, Cap. 1). El entendimiento humano no está limitado a tales asociaciones tan simples. Consideremos las diferentes interpretaciones que podemos hacer si pensamos en el género y el valor, en lugar de marcar el mismo espacio, como si operaran en dimensiones ortogonales. Entonces podemos pensar en los aspectos valiosos y dañinos a las cualidades culturalmente asociadas con la masculinidad, como también los aspectos valiosos y dañinos de características asociadas con la femeneidad (Nelson, 1992).

Consideremos por ejemplo, la idea de que la economía “dura” es claramente preferible a una economía “suave”. Este juicio se apoya en una asociación de que la dureza es una ventaja valiosa, asociada con lo masculino, y la suavidad está asociada con la debilidad, inferior y femenina. Aún así, la dureza puede también significar rigidez, tanto como la suavidad puede también significar flexibilidad. La búsqueda de la dureza masculina que rehuye toda asociación con la femeneidad (y por tanto con la flexibilidad) puede llevar a la rigidez, mientras que la búsqueda de la suavidad femenina (sin la correspondiente fuerza) lleva a la debilidad. No hay un beneficio para la “especialización” en el campo del género: ni rigidez, ni debilidad, los dos extremos de la

³ Mientras que algunas economistas feministas toman una posición puramente potmodernista, y pocas otras aún expresan una posición ginocéntrica, este ensayo se concentra en las líneas teóricas feministas sobre la economía que parecen tener la mayor popularidad, y que, a la tendencia general de los economistas, debe proveer el caso más convincente para crear una reforma.

dureza y la suavidad, son deseables. Pero hay un beneficio si se explota la complementariedad. La fuerza templada con la flexibilidad puede dar una economía balanceada y ajustable. Este es sólo un ejemplo abstracto de como un nuevo pensar sobre el género podría cambiar la manera de pensar sobre una disciplina; más ejemplos más concretos seguirán.

Los Cuatro Aspectos De la Economía

El aplicar la erudición feminista acerca de la ciencia a la economía sugiere que los criterios bajo los cuales hemos juzgado a la “buena economía” han tenido prejuicios, y que el uso de criterios de evaluación con menos prejuicios podrían llevar a una práctica más adecuada. Consideremos los prejuicios que aparecen en cuatro aspectos distintos de la economía: los modelos, los métodos, los temas y la pedagogía. Mientras que las críticas y las nuevas direcciones sobre la materia de economía y su enseñanza pueden resultar familiares a algunos economistas, las partes más sutiles, los modelos y métodos, serán discutidos primero, ya que sus implicaciones afectan más extensamente a la práctica económica.

Modelos Económicos

Al centro del modelaje económico convencional está el carácter del agente racional, autónomo, e interesado en sí mismo, exitosamente optimizando sus elecciones, sujetas a limitaciones externas. Al adoptar esta concepción de la naturaleza humana, los economistas han llevado a cabo la sugerencia de Thomas Hobbes (como se cita en Benhabib, 1987), quien escribió, “Consideremos a los hombres como si fuesen seres recién brotados de la tierra, y de pronto, como hongos, llegan a la madurez, sin ningún contacto entre ellos.” El hombre económico emerge totalmente formado, con preferencias completamente desarrolladas, y es completamente activo e independiente (England, 1993). Como en las historias de Robinson Crusoe, no tiene niñez ni vejez, no depende de nadie, y no tiene ninguna responsabilidad hacia nadie más que a sí mismo. El medio ambiente no tiene ningún efecto sobre él; éste es meramente el material pasivo sobre el cual la lógica humana tiene control. El hombre económico interactúa en la sociedad sin ser influenciado por ella: su método de interacción es a través de un mercado ideal en el cual los precios forman el único y necesario medio de comunicación.

Lo anterior no indica que todos los economistas crean que los humanos son solamente un *homo economicus* (aunque hay algunos que así lo creen). Esto sólo indica que este modelo de conducta es visto como el principio más adecuado y objetivo para un buen análisis económico. Aun así, tenemos que tomar en cuenta los prejuicios de género implícitos en considerar al “hombre-hongo” como representativo de lo que es importante acerca de los seres humanos. Los humanos no surgen simplemente de la tierra. Los humanos nacen de mujeres, son criados y cuidados durante su niñez, y cuando envejecen o se enferman; ellos crean círculos sociales en grupos familiares y comunitarios, y son perpetuamente dependientes del alimento y un hogar para mantener su vida. Estos aspectos de la vida humana, cuyo descuido es a menudo justificado bajo las bases de que carecen de importancia, son intelectualmente poco interesantes, o meramente naturales,

son, no sólo por coincidencia, las áreas de la vida definidas como parte del “trabajo de la mujer.”

Volvamos a recalcar que uno debe tener cuidado en diferenciar entre el análisis al nivel del sexo (como distinción biológica), y el análisis al nivel de género (como creencia social). Una interpretación apta del contraste antes dado puede ser que junto al *homo economicus* que describe el carácter autónomo e independiente del hombre, necesitamos a una *femina economica* que describa el carácter de conexión y de orientación hacia otros de la mujer. El endorsar esta creencia de que hay diferentes esferas masculinas y femeninas es lo opuesto a un análisis feminista, que ve las distinciones entre géneros como una construcción social más que como una determinación biológica. El *homo economicus* no es una buena descripción de la mujer, pero tampoco es una buena descripción del hombre. La proyección masculina de la autonomía, lo racional y la objetividad, y la proyección femenina dependiente, emocional y de conexión son ambas falsas y distorsionadas. La tradicional fachada del hombre autónomo ha sido siempre mantenida por una cadena de madres y esposas: el creer que las mujeres son seres pasivos requiere el ignorar las actividades femeninas. Lo que se necesita es una concepción del comportamiento que no confunda el género con juicios sobre valores, que no confunda el género con el sexo. Lo que se necesita es una concepción del comportamiento *humano* que pueda abarcar ambos campos: la autonomía y la dependencia, la individualidad y las relaciones humanas, la razón y la emoción, ya que son manifestadas en agentes económicos de cualquier sexo.

Las feministas no necesitan reinventar la rueda al buscar nuevas maneras de crear modelos más satisfactorios. Un ejemplo de un modelo más completo del comportamiento humano que puede resultar familiar a muchos economistas es la teoría de salarios eficientes basados en un sentido de justicia de George Akerlof y Janet Yellen (1988). En su modelo, los agentes no son hiper-rationales y aislados; más bien son seres humanos capaces de “emociones tales como ‘el interés por la justicia’” o los celos (p.45) y muy preocupados con su esfera de conexiones personales. Como ellos mismos señalan, la idea de que un sentido de justicia afecta el rendimiento de los trabajadores viene de hecho de estudios empíricos hechos por psicólogos con base en la teoría de la equidad y por sociólogos con base en la teoría de intercambio social. El sugerir que los salarios pueden ser influenciados por consideraciones de justicia, más que puramente por fuerzas del mercado, contribuye a explicar la persistencia de salarios creados fuera del equilibrio del mercado y la existencia del desempleo.

Análisis similares han sugerido que las nociones de justicia juegan un papel importante en el establecimiento de precios en el mercado de productos (Kahneman, Knetsch, y Thaler, 1986). La teoría de la inversión de Lee Levin (1995) también parte de la psicología y la sociología para obtener una mejor idea de los fenómenos económicos. Levin sugiere que la noción de los espíritus animales de Keynes puede ser desarrollada usando teorías de convenciones, rumores, comparaciones sociales, moda, disonancia cognitiva, y la teoría del contagio prestadas de estas disciplinas. Nancy Folbre (1994a), Amartya Sen (1977) y Robert Frank (1988) son economistas que también han explorado mejores modelos del comportamiento económico humano, ambos a un nivel individual y colectivo. Los lectores podrán idear otros ejemplos. Uno debe tener cuidado, por supuesto, al alejarse del modelo simple de elección racional o al pedir prestadas nociones

de otras disciplinas: el deshacerse de un modelo basado en elecciones autónomas para quedar solamente con un modelo basado en pura determinación social no significa ningún mejoramiento. Pero el análisis feminista sugiere que el olvidarse de las dimensiones sociales y emocionales del comportamiento humano debería ser considerado como una limitación seria, no como un signo de rigor.

La cuestión sobre modelos económicos se une con la cuestión de cómo la economía es definida como disciplina. El modelo de Akerlof y Yellen (1988) explica un fenómeno macroeconómico particular basado en evidencia empírica, por tanto, parecería que este modelo podría calificarse como un modelo económico adecuado. Aun así, algunos ven la economía como *definida a través* del modelo *homo economicus*. Para ellos, modelos como el de Akerlof y Yellen no serían válidos, ya que resultan sumamente “suaves” o “revueltos”, o tal vez “demasiado sociológicos.” Gary Becker (1976, p. 5), por ejemplo, discute que el modelo de elección individual en los mercados es la característica más discernible de la economía. Robert Lucas (1987, p. 108) expone que las suposiciones del modelo de elecciones racionales proveen “el único ‘motor de la verdad’ que tenemos en la economía.” El análisis feminista sugiere que los enfoques de Becker y Lucas no son, como usualmente son tomados, demandas para un rigor más alto, sino demandas para satisfacer ciertos prejuicios androcéntricos.

Esta manera de definir a la economía bajo un modelo (restrictivo), más que como una materia, ha sido una estrategia retórica efectiva para evitar alternativas (Strassmann, 1993). Uno podría tomar el crecimiento y la aceptación de una gran parte del nuevo programa de modelos de la macroeconomía clásica, apoyado por la definición de la disciplina de Lucas, como un caso en punto. Pero tal estrategia puede retener su efectividad sólo mientras la asociación de la masculinidad y un alto valor tenga un poder emocional y cognitivo. El análisis feminista sugiere que no debe de haber un sólo modelo económico, sino varios modelos económicos, dependiendo de la utilidad de las técnicas de modelaje y las diferentes aplicaciones. Muchos de estos modelos aún darán importancia a la elección individual y a la conducta con propósito, pero algunos no lo harán. El discutir que los economistas deberían continuar especializándose en un solo tipo de modelo, porque es así como hemos sido enseñados, es discutir que los costos perdidos deberían jugar un papel en determinar alternativas actuales que maximizen las ganancias--una falacia que usualmente tratamos de erradicar en el segundo año de estudios universitarios. Un negocio exitoso ciertamente no dejaría que un trabajador continúe practicando una técnica que deja pocas ganancias porque hay un excedente del producto o porque el mercado está cambiando, simplemente porque la técnica fué difícil y tomó tiempo para adquirirla.

Aún cuando la economía feminista no impone conclusiones políticas feministas en investigaciones económicas, debe notarse que un ampliamiento en el campo de los modelos económicos abre nuevas oportunidades en el análisis de discriminación en mercados laborales. Dentro de un modelo de comportamiento racional, autónomo e individual y mercados que se despejan perfectamente, los ingresos inferiores de la mujer y su exclusión de ciertas profesiones es solamente explicado apelando a fuentes adicionales al mercado, tales como decisiones laborales y educacionales femeninas, o la cantidad de esfuerzo que la mujer pone en su trabajo (para un repaso véase Bergmann, 1986). La discriminación de parte de los jefes no puede persistir en mercados

competitivos, dice Becker, ya que el discriminar puede resultar un gusto caro para el jefe. Aquellos que discriminen serán eliminados del mercado por compañías que maximicen sus ganancias. Se dice en ocasiones que la idea del “valor comparable” es un tema político, mas que económico, ya que la noción de que los empleos ocupados mayormente por mujeres sean sistemáticamente mal pagados va en contra de la tesis que expone que los salarios son determinados a través de fuerzas del mercado. La influencia de tales opiniones no se basa en la evidencia empírica que se ha acumulado: la fuerza de su atracción a los economistas yace sólo en su coherencia con el estrecho modelo teórico de opciones. Modelos más amplios que incluyan factores sociales y emocionales ignorados en el análisis estándar neoclásico hacen que la discriminación sea un tema posible.

Por otra parte, si los jefes mismos son sujetos a presiones sociales generales y sistemáticas, el *no discriminar* puede ser un gusto caro para satisfacer. Al momento de violar las normas generales de género y raza al contratar o compensar a empleados, los empresarios pueden encontrar no solo rebeldía de parte sus otros trabajadores, pero también el marginamiento de parte de sus iguales y tal vez hasta de sus amigos y familia (Strober y Arnold, 1987). Si los salarios reflejan percepciones justas, como dicen Akerlof y Yellen (1988), entonces las percepciones del valor relativo del trabajo masculino y femenino es lo suficientemente relevante como un determinante de ingresos. Si, como exponen las feministas, las características y trabajos que han sido tradicionalmente asociados con las mujeres han sido sistemáticamente devaluados, el pagar un salario menor por estas habilidades podría ser percibido como justo (England, 1992).

El introducir ideas feministas al modelo económico no indica que se encontraran injusticias en todo estudio del mercado laboral. Aún así, se requiere que no descartemos la posibilidad que los salarios puedan depender de otros factores fuera del producto marginal, simplemente porque los modelos que usamos estan cegados por sus propias suposiciones.

Métodos Económicos

Aunque los modelos de elecciones racionales individuales pueden ser expresados y analizados de una manera puramente verbal, es casi redundante decir que en la disciplina económica, la calidad de los metodos es definida principalmente por su rigor matemático. Una adherencia estricta a las normas lógicas y matemáticas, el formalizar la presentación de suposiciones y modelos, el sofisticamiento de la aplicación de tecnicas econométricas--estos son los factores, en las mentes de mucha gente, que separan a la economía de campos “más suaves” tales como la sociología o ciencias políticas. El uso de métodos formales y matemáticos (particularmente en la forma de maximización limitada) también frecuentemente se presume como un método para asegurar la objetividad de los resultados económicos. El análisis abstracto y altamente formalizado es usualmente valuado por encima del trabajo empírico concreto y detallado, dada la pureza lógica de sus pruebas y por su generalidad sin algún contexto específico. Aunque un buen escrito y un análisis verbal adecuado son valiosos, estos son usualmente considerados como auxiliares al análisis real.

La academia feminista sugiere que tales puntos de vista tan estrechos sobre el conocimiento y razonamiento son los restos de una crisis masculina durante los primeros

años del desarrollo de la ciencia moderna, particularmente manifestada en los predecesores de la filosofía Cartesiana (Bordo, 1987; Easlea, 1980). En lugar de evitar prejuicios en el campo económico, tal énfasis en la dureza y la separación restringe nuestros métodos analíticos. El énfasis en el ser duro, lógico, científico y preciso ciertamente ha servido un propósito valioso al prevenir el análisis débil, ilógico, poco científico y vago. Pero si estas son las únicas virtudes que son valiosas en nuestra práctica, somos presa fácil de otros vicios.

El énfasis en la dureza masculina sin flexibilidad alguna puede, como se dijo anteriormente, tornarse en rigidez. El extremo énfasis en la lógica, sin prestar la suficiente atención a la cuestión global, puede llevar a ejercicios vacíos e irreales al crear deducciones sin punto alguno. El progreso científico sin una adecuada atención a los valores humanos puede llegar a servir fines inhumanos. Los argumentos que han cambiado su riqueza por la precisión terminan siendo muy malos. El incluir cualidades positivas masculinas y femeninas, por otra parte, hace posible una práctica flexible, humanística, rica en contenido, que presta atención a un contexto, como también fuerte, lógica, científica y precisa.

Las economistas feministas no son las únicas que expresan su descontento con las estrechas estructuras establecidas en la investigación económica, que por consecuencia deja a los economistas inadecuadamente preparados y educados para habilitarse en un análisis más lleno y sustantivo. Mientras que las teoristas feministas ofrecen un explicación especial para la tenacidad psicológica y social del punto de vista Cartesiano (también relacionado a fallos en las áreas de modelaje económico, temas y pedagogía), las economistas feministas no necesitan comenzar desde cero al envisionar una caja de herramientas metodológica más adecuada. D. McCloskey, por ejemplo, ha escrito extensivamente sobre las posibilidades de mejorar los estándares retóricos dentro de la profesión. McCloskey (1993) discute que a la argumentación culturalmente considerada femenina, basada en metáforas e historias, se le debe dar el mismo prestigio científico que a la argumentación culturalmente considerada masculina, basada en hechos y lógica. Incluso, como una cuestión práctica, publicó una guía corta para mejorar la comunicación escrita (McCloskey, 1987).

La Comisión de Educación de Posgrado en Economía (COGEE) de la Asociación Americana de Economía recientemente expresó una preocupación sobre el extremo énfasis en un análisis sin contexto alguno. Su reporte denota un miedo sobre los “programas de posgrado de economía [que] pueden estar produciendo una generación con demasiados *idiot savants*, técnicamente habilidosos pero inocentes sobre temas económicos reales” (Krueger, et al., 1991, pp. 1044-45). Mientras que este reporte posa el problema como un imbalance entre métodos (matemáticos y técnicos), y substancia, sin desafiar el enfoque metodológico, esto parece sugerir que el conocimiento sobre “hechos, información institucional, datos, temas sobre el mundo real, aplicaciones y problemas de política” (p. 1046) ocurre a través de absorción directa. Aún así, el buscar cuidadosa y sistemáticamente información y un buen razonamiento informal acerca de temas reales económicos puede sólo ser hecho a través de un manejo superior de habilidades correspondientes, tales como (para comenzar) métodos de investigación en una biblioteca y técnicas de lectura crítica. Si se reconoce que tales habilidades son tan válidas y fáciles de enseñar como las técnicas formales y abstractas, entonces el

verdadero problema es el balance en ambos métodos. Como una cuestión práctica, el reporte de COGEE incluye un número de sugerencias específicas sobre prerequisites, los programas de curso, contenido, tareas, etc, que podrían empezar a mover departamentos de postgrado hacia educar estudiantes para una mayor competencia en analizar problemas económicos reales.

Llamadas para una mayor atención a los detalles del trabajo empírico por economistas distinguidos, tales como Thomas Mayer (1993) y Lawrence Summers (1991), son también llamadas para cambios en el sistema de valores económicos a los cuales las feministas puedan unirse y endorsar. Los economistas tienden a ser muy hábiles en teorías matemáticas y estadísticas. Aún así, generalmente demostramos mucha menor habilidad en otros aspectos del trabajo científico empírico, tales como el buscar nuevas fuentes de datos, mejorar la colección de datos, el deshechar datos responsablemente y el evaluar la calidad, el replicar, las pruebas de sensibilidad, las distinciones adecuadas entre significancia estadística y substantiva, y el archivar datos (por ejemplo, Dewald, Thursby, y Anderson, 1986). El trabajo empírico caracterizado por un continuo refinamiento de teoría abstracta, acompañado por un egregio olvido de detalles concretos, ha sido descrito por Mayer (1993, p. 132) como “manejar un Mercedes en un camino para vacas.” Aunque algunas revistas y agencias de fondos han, en años recientes, buscado levantar estándares profesionales a través de, por ejemplo, requerir pruebas de sensibilidad y almacenamiento de datos, mucho más podría ser hecho por editores de revistas, instituciones para donar fondos, y consejeros de disertaciones para fomentar más esfuerzos en estas direcciones. Comités de estudios al nivel de postgrado podrían hacer más para promover el tipo de trabajo de curso y la experiencia bajo los cuales una buena técnica puede ser aprendida. La crítica feminista sugiere que puede haber mucho que ganar si se disminuye el uso de la técnica de “meditación” aislada (Bergmann, 1987a), y se incrementa el uso de la técnica de “dar la vuelta con los datos” (Strober, 1987)

Las evaluaciones de valores de datos “duros” contra datos “suaves” también merecen una reexaminación. El escepticismo de los economistas sobre preguntar a la gente los motivos de su comportamiento es tan extremo que Alan Blinder (1991) dedicó una sección entera en una investigación reciente a la adhesividad de precios, simplemente para justificar el uso de tales datos de una encuesta. Si juzgamos esto a través del estándar de “pruebas” Cartesianas, tal evidencia sería inadmisibile. Pero juzgada por un estándar más amplio y práctico que intente analizar el funcionamiento económico, tales datos pueden ser vistos como una contribución potencial de información importante. Una conferencia reciente de la Asociación Internacional para la Economía Feminista, por ejemplo, incluyó presentaciones de un historiador y un sociólogo acerca de las técnicas de historia oral. Los economistas que superen sus prejuicios en esta area se sorprenderán de la sofisticación de las técnicas y la atención dada a los temas de validez y réplica demostrada por aquellos entrenados en tales métodos “suaves” y cualitativos.

La experiencia personal no debería ser ignorada al evaluar las maneras en las cuales nosotros -conscientemente o no- reunimos datos. Ha sido un tema de comentarios irónicos entre economistas feministas, por ejemplo, como lo que usualmente parecer ser verdaderamente importante para convencer un colega masculino de la existencia de

discriminación sexual no son estudios con diez mil observaciones “objetivas”, sino más bien una sola observación directa y objetiva: la experiencia de su propia hija.

La idea de que una posición personal y “subjetiva” y las opiniones pueden influenciar el resultado de nuestro trabajo científico es, por supuesto, un anatema para aquellos que creen que la objetividad en la investigación científica puede ser obtenida solamente por el frío distanciamiento del investigador sobre el tema de estudio, o que la objetividad es asegurada por una adherencia individual estricta a métodos específicos de investigación. Tal noción de objetividad es considerada en el análisis feminista (como también en mucha de la filosofía contemporánea científica) como un desarrollo más de la ilusión Cartesiana. Parte de la forma en que uno puede lograr ser objetivo, debe de ser, de hecho, una examinación de como las creencias personales basadas en experiencias individuales pueden influenciar la investigación propia. Sandra Harding (1995) llama al tipo de objetividad en el cual uno reconoce su propio punto de vista la “objetividad fuerte”, contrastando con la “objetividad débil” en la cual la perspectiva es mantenida bajo sábanas. Amartya Sen (1992, p.1) discute que la objetividad comienza con “un conocimiento basado en observaciones posicionales.” El desarrollo de puntos de vista subjetivos hacia una (fuerte) objetividad no viene de una clara separación del investigador de su tema de estudio, sino más bien a través de la conexión del investigador a una comunidad crítica más grande. De acuerdo a la filósofa feminista Helen Lognino (1990, p. 79), “la objetividad de los individuos...consiste en participar en el dar y recibir colectivo de la discusión crítica y no en una relación especial (de separación y dureza) que puedan tener en sus observaciones.” Aunque la importancia de la confiabilidad en los resultados es todavía de primera importancia, los criterios bajo los cuales se guían las investigaciones son internos a la comunidad de investigadores, no a externos. La formalización, más que un reflejo de la cima de la objetividad, es simplemente vista como una herramienta. En las palabras de Knut Wicksell (citado en Georgescu-Roegen, 1971, p. 341), el papel de la lógica y la abstracción es “el facilitar argumentos, clarificar resultados, y por tanto, asegurarse contra posibles faltas de razonamiento- eso es todo.”

Temas Económicos

Un artículo típico sobre economía usa un modelo económico, métodos económicos, y trata sobre un tema económico. Ciertos desarrollos benéficos de las primeras dos áreas fueron discutidos anteriormente; la última consideración es también crucial. Una definición amplia del tema principal de la economía en la cual la mayoría de los economistas tal vez pueden estar de acuerdo es aquella de los mercados. La economía es frecuentemente definida como el estudio de procesos a través de los cuales las cosas -- bienes, servicios, y activos financieros- son intercambiados. A través de esta definición, la mayoría de las actividades tradicionales de las mujeres que no forman parte del mercado --el cuidar la casa, los niños, los parientes enfermos y ancianos, etc.-- han sido consideradas “no económicas” y, por tanto, temas inapropiados para investigación económica. Las familias, de hecho, frecuentemente parecen desaparecer totalmente del mundo de los economistas. Consideremos esta discusión venida de un libro de texto: “la unidad de análisis en la economía es el individuo...[aunque] los individuos se juntan para formar organizaciones colectivas tales como corporaciones, uniones laborales, y

gobiernos” (Gwartney, Stroup, y Clark, 1985, p. 3).⁴ Las familias aparentemente son muy poco importantes para mencionarse.

Las excepciones más notables a este olvido, por supuesto, vienen de Gary Becker y los otros llamados “nuevos economistas del hogar” y de desarrollos más recientes en la aplicación de la teoría del juego a la familia. La existencia de este tipo de literatura es como una espada de doble filo para las feministas. Por una parte, ahora se incluye dentro de revistas económicas alguna que otra discusión sobre temas familiares. Aún así, estos artículos se limitan estrictamente a los estrechos estándares de método y modelo discutidos con anterioridad, y es probable que sólo a través de estos criterios estén manteniendo sus credenciales “económicas”. Aún más, las feministas encuentran problemático el hecho de que este trabajo ha frecuentemente asumido o endorsado expectativas tradicionales acerca de los sexos. Mientras que Becker ha desarrollado modelos de interacciones familiares, él, como Barbara Bergmann (1987b, pp. 132-133) ha descrito, “explica, justifica, y aun glorifica la diferenciación de papeles por sexo...el decir que los ‘nuevos economistas del hogar’ no son feministas en su orientación sería tan atenuante como el decir que los tigres de Bengala no son vegetarianos.”

Mientras que ciertos debates han tomado lugar a causa de los modelos de Becker, y a causa de la posibilidad de usar modelos individualistas de elecciones racionales para fines feministas, tales batallas toman lugar en los márgenes de la economía. La expectativa de parte de muchos economistas de que las feministas se concentren en debatir a Becker, lo cual puede servir como una manera fácil de evitar compromisos con la crítica feminista. Tal punto de vista limita la crítica feminista a un campo que tal vez es lo suficientemente distante del uno propio.

Aún cuando las familias son “económicas” para Becker, porque pueden ser modeladas en términos de elecciones y mercados, las familias han sido tradicionalmente “económicas” para las mujeres en un sentido mucho más directo. La seguridad económica de muchas mujeres históricamente ha sido, y hasta cierto punto aún lo es, mucho menos dependiente en sus propios ingresos que en su habilidad para “casarse bien.” Aún más, mientras que los economistas y censos han discutido sobre la cuestión de si el cuidar la casa sin ninguna remuneración debería ser clasificado como tiempo libre o trabajo (Folbre, 1991), las mujeres tallando el lavabo raramente han entretenido la duda.

El marcar la distinción acerca de lo que es “económico” y lo que no lo es en la puerta del hogar lleva con más frecuencia a fines sin sentido y bifurcaciones en el análisis económico. ¿Porqué el cuidar a niños, viejos, y enfermos a través del mercado (o a veces, a través del gobierno) es un tema válido para investigación económica, mientras que no lo es en los hogares? Más que usar el mercado como el criterio para demarcar lo que es o no es económico -- o usar el modelo de elecciones racionales, como se discutió con anterioridad- una definición más amplia de la economía, en lo que concierne a “la provisión”, podría delinear una materia sin usar suposiciones sexistas acerca de lo que es o no es importante (Nelson, 1993b). Adam Smith, por ejemplo, definió a la economía no sólo como una función de elección e intercambio, pero también como una función de la producción y distribución de todas las “necesidades y conveniencias de la vida,”

⁴ Le doy las gracias a Marianne Ferber por este ejemplo.

poniendo énfasis en los bienes que los seres humanos necesitan para sobrevivir y florecer. Estos bienes pueden incluir actividades tales como un trabajo con un significado, como también bienes y servicios tales como comida y el cuidado de la salud. Mientras que algunos bienes y servicios pueden ser libremente escogidos por adultos individualmente actuando a través del mercado, muchos son provistos a los individuos a través de sus padres u otros miembros de la familia durante su niñez. También estos bienes pueden ser dados como regalos o a través de programas comunitarios o gubernamentales. La distribución de muchas “necesidades y conveniencias” es también fuertemente influenciada por tradición y coerción.

Tal definición de la economía concerniente al campo de la “provisión” rompe la distinción usual entre actividades y políticas “económicas” (esencialmente orientadas hacia el mercado) por una parte, y actividades y políticas familiares o sociales por la otra. La ausencia de ingresos para producción casera en las Cuentas de Ingresos y Productos Nacionales ilustran la manera en la cual tal bifurcación ha estructurado análisis económicos, y la preocupación de muchas feministas sobre este olvido es relativamente bien conocido (por ejemplo, Waring, 1988). La prioridad que debe ser dada a un proyecto de inclusión de actividades caseras al Producto Interno Bruto. Aún así, es un tanto controversial entre feministas, con ciertas feministas discutiendo que el aumentado énfasis en labores domésticas sólo serviría para glorificar el papel del ama de casa, y con muchas feministas preocupadas de que las figuras monetarias serían devaluadas dado el bajo valor que se le da hoy en día a actividades tales como el cuidar a los niños (Folbre, 1994b). También se puede cuestionar la importancia que se le da a los datos macroeconómicos del PIB mismos. Las feministas pueden unirse con otros al criticar el reduccionismo metodológico que sucede al frecuentemente usar una medida tan burda de la actividad económica del mercado y del gobierno, como una medida del bienestar económico. Medidas multidimensionales, que pudieran incluir indicadores de distribución y sostenibilidad, e indicadores humanos, tales como la educación y la salud (Nussbaum y Sen, 1993) podrían formar una base más adecuada para el análisis económico y las políticas y evaluaciones a nivel nacional. El tomar en cuenta la división de labor y de bienes dentro del hogar, por ejemplo, ha sido particularmente importante en el trabajo feminista en economías de desarrollo, economías en transición, y economías pasando por ajustes estructurales (Sen, 1985; Bakker, 1994).

Menos conocida que la crítica del PIB es la preocupación de muchas feministas acerca de la atención adecuada a la inversión humana para niños y la cuestión de quién debe de costear tal inversión (Folbre, 1994a). Los programas de mejoramiento de nutrición infantil o educación preescolar y de primaria, por ejemplo, son usualmente pensados como programas “sociales”, meramente el betún en el pastel fiscal, más que programas económicos diseñados para incrementar la inversión en capital humano. Los programas para incrementar la calidad de guarderías pagadas son frecuentemente pensados como bienes de consumo para los padres, más que inversiones en capital humano infantil o como infraestructura necesaria para la participación de los padres (y particularmente, dados los patrones estereotípicos de distribución laboral dentro de las familias, de la madre) dentro de la vida comunitaria. El análisis estándar económico y la pedagogía tienden a reforzar tal trivialización: recordemos que el “hombre-hongo” mítico nace sin ninguna necesidad de sustención a través de otros en su juventud, y

recordemos que el trabajo histórico de las mujeres de proveer tal sustención directa no cuenta como parte de la “economía”.

Consideremos, en un caso específico, el tratamiento del tema del capital humano en un libro de texto estándar de economía laboral. El tema no comienza con un enfoque sobre la nutrición, socialización y educación formal e informal de los niños dentro de las familias y escuelas públicas, sino más bien con la decisión del joven adulto sobre si ir a la universidad o no (Ehrenberg and Smith, 1994). Aún cuando hay, por supuesto, algún beneficio pedagógico al diseñar ejemplos de libros de texto para atraer los intereses inmediatos de los estudiantes, parece no haber una razón pedagógica para enfocarse tan estrechamente en educación superior. Cuando enseño esta materia, encuentro muy útil el añadir lecturas sobre el desarrollo previo del capital humano y el preguntar a estudiantes que reflexionen sobre la creación de sus habilidades y aspiraciones, desde el principio de sus vidas.

La cuestión sobre temas no puede desligarse de las anteriores preguntas hechas sobre modelos y métodos. Consideremos como los prejuicios en modelos y métodos han distorsionado el desarrollo de un programa de investigación que desde el principio se ocupó de temas del hogar: la literatura económica sobre “las escalas equivalentes del hogar”. Estas escalas ajustan las medidas de ingresos hogareños a las diferencias en el tamaño de la casa o su composición. Estas escalas se usan en políticas diariamente, por ejemplo, al marcar niveles equitativos de beneficios sociales de casas de distintos tamaños. También son frecuentemente usados por investigadores en estudios de distribución de ingresos.

La literatura económica en escalas de equivalencia caseras se ha alejado de preguntas de políticas relevantes (Nelson, 1993a). Primero, mientras que las aplicaciones de la política usualmente se preocupan principalmente con el bienestar de los niños (por ejemplo, al establecer niveles para el programa estadounidense de Ayuda a Familias con Niños Dependientes), forzando la cuestión hacia un ámbito de utilidad teórica (en el cual la escala es interpretada como una proporción de funciones de gasto). Esto ha causado que el bienestar de un hogar sea generalmente modelado como el bienestar de los adultos. Algunos de los modelos más altamente apreciados implican que los adultos sustituirán otros bienes por los bienes consumidos mayormente por niños cuando ellos estén presentes. Segundo, aunque las primeras estimaciones empíricas de escalas de equivalencia dependan mayormente en estudios prescriptivos de presupuesto que enlistan lo que cada tipo de casa podría “requerir” para comida, renta, etc, la práctica empírica más reciente ha sido caracterizada por una mayor sutileza y sofisticación. Desafortunadamente, la estimación de escalas usando la regresión de sistemas de demanda a gran escala informada por modelos específicos de utilidad-teórica, que fue por un periodo la norma, han sido por la mayor parte fundamentalmente subidentificadas (ya que la mismas ecuaciones de demanda pueden ser consistentes con cualquier número de funciones de gastos).

Mientras que muchos economistas han seguido las tendencias de apoyarse mas en la teoría de la elección y econometría avanzada, una investigación reciente por Trudi Renwick y Barbara Bergmann (1993) da una ilustración de lo que puede ser logrado cuando el enfoque se acerca a la cuestión de políticas, con menos fidelidad a modelos y

métodos particulares. La formulación de Renwick y Bergmann de los presupuestos de las “necesidades básicas” para hogares con diferentes composiciones siguen el enfoque de anteriores presupuestos prescriptivos, y se actualiza para los tiempos cambiantes al añadir gastos de guardería. Aunque no sea técnicamente sofisticado, uno puede aprender más de los costos basados en tal evidencia directa (admitidamente aproximada y prescriptiva), que de procedimientos más técnicamente sofisticadas pero sin enfoque e indirectos.

Pedagogía Económica

Una disciplina de la economía definida alrededor de un modelo formal de elecciones racionales, con quizás unos cuantos hechos al lado, puede tal vez ser adecuadamente perpetuada por un estilo de enseñanza que se enfoque puramente en la transferencia de conocimiento preadquirido. Si la economía se define más ampliamente, aún así, tal punto de vista puede no ser adecuado. El promover la habilidad para pensar crítica, analítica, y creativamente acerca de temas económicos requiere una pedagogía diferente. Mientras que tal manera de pensar puede ser tan enseñable como los métodos actuales, como se discutió anteriormente, puede no necesariamente ser tan fácilmente enseñable, ni enseñable por los mismos métodos --ni quizás aún a exactamente los mismos estudiantes.

Las economistas feministas sugieren que no sólo el contenido de los cursos de economía, pero también el estilo de enseñanza usado podrían pasar por una transformación benéfica (Strober, 1987; Bergmann, 1987a; Bartlett y Feiner, 1992; Shakelford, 1992). Algunas enfatizan el uso del aprendizaje experimental y sesiones de laboratorio en las cuales los estudiantes trabajen bajo simulaciones, coleccionen sus propios datos de encuestas y/o analizen datos, para dar a los estudiantes una mayor oportunidad de “hacer economía” y trabajar para encontrar las respuestas a preguntas (Bartlett y King, 1990). Algunos sugieren que la pedagogía feminista requiere una relación diferente entre el profesor y los estudiantes, con menos distancia y más diálogo entre el profesor y estudiantes, y entre los estudiantes mismos. Algunos sugieren que una atención explícita debe ser prestada a los aspectos afectivos del aprendizaje (Strober, 1987).

Las feministas no son, por supuesto, las únicas educadoras interesadas en una mayor interacción y cooperación en el aprendizaje; a muchos educadores, esto es sólo “una buena pedagogía,” como se demuestra en estudios de como los estudiantes aprenden. Las teoristas feministas son mucho más aptas a ver la resistencia a la reforma pedagógica como sembrada en asociaciones culturales generales de género y valor. Estas ideas pedagógicas son hechas para aplicación a través del currículum, no sólo para cursos de “mujeres y la economía”. Las técnicas de aprendizaje activo pueden mejorar aún la práctica de las formas familiares de análisis económico. La habilidad de pensar críticamente es tan importante al juzgar los métodos estadísticos o el uso de pruebas de significancia, por ejemplo, como lo es el escribir un ensayo en políticas antidiscriminatorias.

Un punto de interés a muchas feministas es la manera en la cual la pedagogía económica puede sutilmente formar la composición demográfica de economistas futuros. Mucho ha sido escrito sobre la manera en la cual el “clima del salon de clase”, --

incluyendo los patrones de interacción de los instructores con estudiantes masculinos y femeninos y estereotipos de sexo en libros de texto-- pueden hacer que las mujeres tengan menos confianza en sí mismas para triunfar en ciertas áreas (Hall y Sandler, 1982; Ferber, 1990). Los prejuicios estándares androcéntricos en los temas, modelos y métodos económicos pueden ser añadidos a la variedad de maneras en las cuales las estudiantes pueden ser sutilmente influenciadas a creer que “la economía no es para (o acerca) de mí.” El énfasis actual en la técnica matemática también lleva a la auto-selección de aquellos estudiantes, hombres y mujeres, que encuentren el análisis abstracto satisfactorio, pero que tal vez presenten una debilidad en un pensamiento analítico más amplio, y la auto-exclusión de muchos estudiantes que tal vez tengan habilidades analíticas buenas, pero que ven poco uso para ellos en economía. Tal selección lleva a un círculo vicioso, en el cual ambos los estudiantes y los profesores han invertido demasiado en el “status quo”.

Conclusión

La economía feminista, para reiterar, no es una economía “hembra”, para ser practicada sólo por mujeres, ni es la economía femenina que utilice sólo técnicas suaves y modelos cooperativos. La teoría feminista sugiere que la economía ha sido menos útil al implícitamente reflejar un ideal distorsionado de la masculinidad en sus modelos, métodos, temas y pedagogía. Las académicas feministas discuten que el uso de una gama más amplia de herramientas para estudiar y enseñar un territorio más amplio de la actividad económica puede hacer a la economía una disciplina más productiva para ambos practicantes, hombres y mujeres.

Muchos lectores han tal vez descubierto que ellos están ya haciendo “economía feminista” en alguna forma, aunque ellos prefieren haber pensado que estaban haciendo “una buena economía.” Si uno siente la necesidad de defender el trabajo de uno mismo de la descripción “feminista”, puede ser interesante el preguntarse a sí mismo acerca de la fuente de esta incomodidad. Tal vez tal defensividad refleja creencias culturales de masculinidad y femineidad, y superioridad e inferioridad, lo cual merece examinación.

References

- Akerlof, George A. and Janet L. Yellen. "Fairness and Unemployment." American Economic Review, May 1988, 78:2, 44-49.
- Bakker, Isabella, ed. The Strategic Silence: Gender and Economic Policy. London, Zed Books, 1994.
- Bartlett, Robin L. and Paul King. "Teaching Economics as a Laboratory Science." Journal of Economic Education, Spring 1990.
- Bartlett, Robin L. and Susan F. Feiner. "Balancing the Economics Curriculum: Content, Method, and Pedagogy." American Economic Review, May 1992, 82:2, 559-564.
- Becker, Gary S. The Economic Approach to Human Behavior. Chicago: The University of Chicago Press, 1976.
- Bell, Carolyn Shaw. "Economics, Sex, and Gender." Social Science Quarterly, 1974, 55:3, 615-31.
- Benhabib, Seyla. "The Generalized and the Concrete Other: The Kohlberg-Gilligan Controversy and Moral Theory." In Meyers, Diana and Eva Feder Kittay, ed., Women and Moral Theory. Totowa NJ: Rowman and Littlefield, 1987, 154-177.
- Bergmann, Barbara R. The Economic Emergence of Women. New York: Basic Books, 1986.
- Bergmann, Barbara R. "'Measurement,' or Finding Things Out in Economics." Journal of Economic Education, Spring 1987a, 18:2, 191-203.
- Bergmann, Barbara R. "The Task of a Feminist Economics: A More Equitable Future." In Farnham, Christie, ed., The Impact of Feminist Research in the Academy. Bloomington: Indiana University Press, 1987b, 131-147.
- Bleier, Ruth. "Sex Differences Research: Science or Belief?" In Bleier, Ruth, ed., Feminist Approaches to Science. New York, Pergamon Press, 1986, 147-164.
- Blinder, Alan S. "Why Are Prices Sticky? Preliminary Results from an Interview Survey." American Economic Review, May 1991, 81:2, 89-96.
- Bordo, Susan. The Flight to Objectivity: Essays on Cartesianism and Culture. Albany: State University of New York Press, 1987.
- Coughlin, Ellen K. "Feminist Economists vs. 'Economic Man': Questioning a Field's Bedrock Concepts." The Chronicle of Higher Education, June 30, 1993, 39(43): A8-A9.
- DeWald, William G., Jerry G. Thursby, and Richard G. Anderson. "Replication in Empirical Economics." American Economic Review, September 1986, 76:4, 587-603.
- Easlea, Brian. Witch Hunting, Magic and the New Philosophy: An Introduction to Debates of the Scientific Revolution, 1450-1750. Atlantic Highlands NJ: Humanities Press, 1980.
- Ehrenberg, Ronald G. and Robert S. Smith. Modern Labor Economics: Theory and Public Policy. New York: Harper Collins Publishers, fifth edition, 1994.
- England, Paula. Comparable Worth: Theories and Evidence. New York: Aldine de Gruyter, 1992.

- England, Paula. "The Separative Self: Androcentric Bias in Neoclassical Assumptions." In Ferber, Marianne A. and Julie A. Nelson, ed., Beyond Economic Man: Feminist Theory and Economics. Chicago: University of Chicago Press, 1993, 37-53.
- Ferber, Marianne A. "Gender and the Study of Economics." In Saunders, Phillip and William B. Walstad, ed., The Principles of Economics Course: A Handbook for Instructors. New York, McGraw-Hill, 1990.
- Ferber, Marianne A. and Julie A. Nelson. Beyond Economic Man: Feminist Theory and Economics. Chicago: University of Chicago Press, 1993.
- Folbre, Nancy. "The Unproductive Housewife: Her Evolution in Nineteenth-Century Economic Thought." Signs: Journal of Women in Culture and Society, Spring 1991, 16:3, 463-484.
- Folbre, Nancy. Who Pays for the Kids? Gender and the Structures of Constraint. New York: Routledge, 1994a.
- Folbre, Nancy. "Domesticate the Gross Product." Dollars and Sense, March/April 1994b, 7.
- Frank, Robert H. Passions within Reason: The Strategic Role of the Emotions. New York: W. W. Norton, 1988.
- Georgescu-Roegen, Nicholas. 1971. The Entropy Law and the Economic Process. Cambridge: Harvard University Press.
- Gilligan, Carol. 1982. In A Different Voice: Psychological Theory and Women's Development. Cambridge: Harvard University Press.
- Gwartney, James D., Richard Stroup, and J. R. Clark. Essentials of Economics. New York: Academic Press, 1985.
- Harding, Sandra. The Science Question in Feminism. Ithaca: Cornell University Press. 1986.
- Harding, Sandra. "'Can Feminist Thought Make Economics More Objective?'" Feminist Economics, 1(1), Spring 1995, forthcoming
- Kahneman, Daniel, Jack L. Knetsch, and Richard Thaler. "Fairness as a Constraint on Profit Seeking: Entitlements in the Market." American Economic Review, September 1986, 76:4, 728-741.
- Keller, Evelyn Fox. Reflections on Gender and Science. New Haven, Conn.: Yale University Press, 1985.
- Keller, Evelyn Fox. "How Gender Matters: Or, Why It's So Hard for Us to Count Past Two." In Harding, Jan, ed., Perspectives on Gender and Science. London: The Falmer Press, 1986, 168-183.
- Krueger, Anne O. et al. "Report of the Commission on Graduate Education in Economics." Journal of Economic Literature 29:3, September 1991, 1035-53.
- Lakoff, George and Mark Johnson. Metaphors We Live By. Chicago: University of Chicago Press, 1980.
- Levin, Lee B. "Toward a Feminist, Post-Keynesian Theory of Investment." In Kuiper, Edith et al., ed., Out of the Margin: Feminist Perspectives on Economic Theory. London: Routledge, forthcoming.
- Longino, Helen. Science as Social Knowledge: Values and Objectivity in Scientific Inquiry. Princeton: Princeton University Press, 1990.
- Lucas, Robert E., Jr. Models of Business Cycles. Oxford: Basil Blackwell, 1987.

- Mansbridge, Jane. "Feminism and Democratic Community." In Chapman, John W. and Ian Shapiro, eds., Democratic Community: NOMOS XXXV. New York: New York University Press, 1993, 339-395.
- Mayer, Thomas. Truth vs. Precision in Economics. Brookfield VT: Edward Elgar, 1993.
- McCloskey, Donald M. 1993. "Some Consequences of a Conjective Economics." In Ferber, Marianne A. and Julie A. Nelson, ed., Beyond Economic Man: Feminist Theory and Economics. Chicago: University of Chicago Press, 1993, 69-93.
- McCloskey, Donald M. The Writing of Economics. New York: Macmillan, 1987.
- Merchant, Carolyn. The Death of Nature: Women, Ecology and the Scientific Revolution. San Francisco: Harper & Row, 1980.
- Nelson, Julie A. "Gender, Metaphor and the Definition of Economics." Economics and Philosophy, Spring 1992, 8:1, 103-125.
- Nelson, Julie A. "Household Equivalence Scales: Theory vs. Policy?" Journal of Labor Economics, July 1993a, 11:3, 471-93.
- Nelson, Julie A. "The Study of Choice or the Study of Provisioning? Gender and the Definition of Economics." In Ferber, Marianne A. and Julie A. Nelson, ed., Beyond Economic Man: Feminist Theory and Economics. Chicago: University of Chicago Press, 1993b, 23-36.
- Nelson, Julie A. Feminism, Objectivity, and Economics. New York: Routledge, 1996.
- Nussbaum, Martha C. and Amartya Sen, eds. The Quality of Life. Oxford: Clarendon Press, 1993
- Renwick, Trudi J. and Barbara R. Bergmann. "A Budget-Based Definition of Poverty: With An Application to Single-Parent Families." The Journal of Human Resources, Winter 1993, 28:1, 1-24.
- Sandler, Bernice R. "The Classroom Climate: Still a Chilly One for Women." In Lasser, Carol, ed., Educating Men and Women together. Urbana, IL: University of Illinois Press, 1987.
- Shackelford, Jean. "Feminist Pedagogy: A Means for Bringing Critical Thinking and Creativity to the Economics Classroom." American Economic Review, May 1992, 82:2, 570-576.
- Sen, Amartya. "Rational Fools: A Critique of the Behavioral Foundations of Economic Theory." Philosophy and Public Affairs, Summer 1977, 6, 317-44.
- Sen, Amartya. "Women, Technology, and Sexual Divisions." In United Nations Conference on Trade and Development, Trade and Development: An UNCTAD Review, 1985, 6, 195-223.
- Sen, Amartya. Objectivity and Position. The Lindley Lecture, The University of Kansas, 1992.
- Strassmann, Diana L. "Not a Free Market: The Rhetoric of Disciplinary Authority in Economics." In Ferber, Marianne A. and Julie A. Nelson, ed., Beyond Economic Man: Feminist Theory and Economics. Chicago: University of Chicago Press, 1993, 54-68.
- Strassmann, Diana L. "Feminist Thought and Economics: Or, What do the Visigoths Know?" American Economic Review, May 1994, 84:2, 153-158.
- Strober, Myra. "The Scope of Microeconomics: Implications for Economic Education." Journal of Economic Education, 1987, 18, 135-49.

- Strober, Myra and Carolyn L. Arnold, "The Dynamics of Occupational Segregation among Bank Tellers." In Brown, Clair and Joseph A. Pechman, ed., Gender and the Workplace. Washington DC: The Brookings Institution, 1987, 111-
- Strober, Myra. "Rethinking Feminist Economics Through a Feminist Lens." American Economic Review, May 1994, 84:2, 143-147.
- Summers, Lawrence H. "The Scientific Illusion in Empirical Macroeconomics." Scandinavian Journal of Economics, 1991, 93:1, 129-48.
- Waring, Marilyn. If Women Counted: A New Feminist Economics. New York: Harper & Row, 1988.